

EL ESCANDALO DE LOS CHINOS EN PARIS

LA primera película dirigida por el actor Jean Yanne, «Tout le monde il est beau, tout le monde il est gentil», anunciaba ya un tipo de narrativa cinematográfica capaz de escandalizar y de entusiasmar a partes iguales. Allí, Jean Yanne denunciaba las posibilidades de alienación y engaño de los medios de comunicación (en su caso, la radio, en la que trabajó durante muchos años) a través de una anécdota disparatada, debidamente condimentada con chistes fáciles y personajes inequívocos. El aplastante éxito de taquilla obtenido (un millón doscientos mil espectadores sólo en París) le encaminó a nuevos trabajos en el campo de la dirección. Su segunda película, «Moi y'en a vouloir des sous», al parecer orientada a denunciar determinadas características de los sindicatos franceses, obtuvo, también sólo en París, 800.000 espectadores. Pero, según todos los pronósticos, será «Les chinois à Paris», su tercera obra, la que colmará de éxito y de dinero la futura trayectoria tanto de Jean Yanne como de su productor, Jean-Pierre Rassam (que tiene en su haber, entre otros títulos, el «Tout va bien» de Godard).

El éxito de «Les chinois à Paris» no vendrá determinado solamente por las posibles cualidades de la película o por su habilidad en haber sabido elegir temas candentes o de interés para el ciudadano francés, sino por cuanto la protesta oficial de Seng Tao, embajador de China Popular en Francia, ha despertado todo tipo de opiniones y controversias. En su película, Jean Yanne imagina una pacífica pero contundente ocupación de Francia por parte de los chinos de Mao. Acuartelados en las famosas Galeries Lafayette, los chinos organizan de nuevo la vida de los franceses mientras se van aficionando a cuanto, según dicen, tienen prohibido en su país, y, al mismo tiempo, los franceses, atemorizados e hipócritas, aceptan la ocupación justificándola con grotescas frases demagógicas. Esta es, a «grosso modo», y según se desprende de diversas críticas, la anécdota narrada por Yanne. En su intención, dice en todas las entrevistas, no está el ridicular a los chinos, «que no aparecen armados, sino lanzando flores», tanto como el reírse de algunas constantes del carácter francés.

«En Francia —dice Yanne— se acepta todo, salvo que se atente contra nuestro pequeñito universo. Como en esta película me río de los resistentes-charlots, que, naturalmente, también tuvimos, se grita y se protesta».

Y así, Jean Yanne hace aparecer en la televisión al Presidente, que tranquiliza a su pueblo («la situación es grave, pero no desesperada»), para huir rápidamente en un avión. También cuenta con un obispo que se presenta ante el nuevo gobernador chino: «La Iglesia saluda la justa lucha del pueblo chino. La causa de Dios es la causa del pueblo», y con un periodista: «La prensa está con usted, mi general, para informar al pueblo de las grandiosas transformaciones sociales que ha hecho usted en nuestra tierra»...

El anecdotario de la película que los periódicos franceses recogen es inagotable. Unos, los menos, defendiendo el mordaz sentido del humor de Jean Yanne. Otros, equidistantes, limitándose a contar cómo,

con la protesta oficial de China, la película aumenta en recaudaciones. Los últimos, indignados, apoyando la protesta y recogiendo los miembros de «Amitiés franco-chinoises» («La película es una caricatura grotesca de un sistema socialista. Mucho más grave por cuanto los franceses poco informados de la China no pueden añadir su propio comentario»), para continuar el sentido de la protesta diplomática y reclamar la prohibición de la película.

Ha sido esta la petición oficial y este el deseo de varios comentaristas (Régis Bergeron en «Le Monde», principalmente, que califica la película como una «provocación innoble»). «Parece que vivimos en un país —continúa— donde no existiera la censura». Y es exactamente este punto, marginado de la calidad o falta de calidad, de la honradez o falta de honradez del trabajo de Jean Yanne, donde la polémica adquiere todo su sentido. ¿Debe ser prohibida una película,

en definitiva la libre expresión de un ciudadano, ante una protesta diplomática?

No se trata, naturalmente, de aceptar la cínica proposición del productor («Si los chinos no están de acuerdo con la película, que me la compren. Mi precio es de seis mil millones de antiguos francos»), sino de considerar esta propuesta de prohibición como un síntoma.

«La cuestión estriba —cuenta Jean Yanne— en la visita de Pompidou a China. Ahora es cuando todos se ponen muy nerviosos. Pero yo he estado rodando esta película con los permisos oportunos. Y no ha sido precisamente un rodaje discreto. He rodado un desfile por los Campos Elíseos, y aun cuando se está ahora diciendo que lo he hecho muy discretamente y a hurtadillas, hay que imaginar el follón que supone un equipo de más de cincuenta personas, con sus «travellings», sus grúas y esas cosas, y un mínimo de trescientos cincuenta chinos vestidos de uniforme portando banderas, insignias y

«Los chinos en París» se ha entendido como una monstruosa comparación entre la China Popular y la Alemania hitleriana.





El Presidente de la República huye, el clero colabora, el periodismo se apunta a la nueva situación...



«No trato de atacar el peligro amarillo, sino de criticar determinados tópicos franceses».

pancartas. Creo que, en el fondo, a los chinos no les importa nada esta película, sino que se trata de un exceso de celo de los responsables del Ministerio de Asuntos Extranjeros. De todas formas, esta película no puede ser prohibida, porque eso sí la transformaría en un escándalo... y en una ridiculez. La Casa Blanca no telefonó a Pompidou cuando se presentaba la película "Richard", que ridiculizaba a Nixon, ni el Kremlin lo hizo cuando se estrenó "Que vienen los rusos, que vienen los rusos"...».

En este momento, la atención ha recaído también, por lógica, en el autor en el que se inspiró Jean Yanne para su película (Robert Beauvais, que en 1966 publicaría una modesta novela de anticipación titulada «Cuando los chinos...»). Naturalmente, Beauvais reclama idéntica prohibición para su libro

«con el fin de hacerla más lógica». «La diferencia fundamental del libro con la película estriba en que yo situaba la acción en 1998, y Yanne lo ha hecho en nuestros días. Pero la intención es la misma».

Un redactor de «L'Humanité Rouge» escribe una carta a Georges Pompidou, que sintetiza las razones esgrimidas por los defensores de la prohibición de «Les chinois à Paris»: «... En mi calidad de francés, le ruego disponga las medidas necesarias para que sea prohibida y sancionada por el ultraje al pueblo chino que supone esta película provocadora y odiosa. En mi calidad de antiguo combatiente de la Resistencia y de la guerra contra los nazis, le ruego asimismo tome las medidas necesarias para que sea preservado el honor de nuestro pueblo, contra el que atenta esta película mentirosa y difamadora.

Jamás el general De Gaulle, del que el Presidente Mao pudo apreciar sus méritos como hombre de Estado, patriota y antifascista durante la segunda guerra mundial, hubiera tolerado el desafío criminal lanzado por esta película a la amistad de los pueblos francés y chino y a la corrección de las relaciones entre ambos Estados, de las que fue De Gaulle quien también tomó la iniciativa histórica. En mi calidad de amigo del gran pueblo chino, pacífico, trabajador y desembarazado de la basura moral característica de las sociedades capitalistas, le ruego tome las medidas oportunas para que esta película racista y fascista sea inmediatamente retirada de las pantallas parisinas. Si invoca usted la pretendida libertad democrática de nuestro sistema para justificar el mantenimiento en las pantallas de este producto rigurosamente contrario al espíritu de nuestro país y de nuestro pueblo, se hará usted cómplice, señor Presidente de la República, de un golpe bajo contra Francia y contra el prestigio moral del pueblo francés...».

Contrapunteando lo anterior, Pierre Billard escribía en «Le Journal du Dimanche»: «La cólera que esta película despierta en algunos me parece sospechosa. No hablo de los chinos: sin duda ellos no comprenden nuestros bizantinismos, de la misma forma que nosotros no comprendemos los suyos. Que se tomen en serio "Les chinois à Paris" y se indignen es su problema. Pero veo a compañeros arrojar al fango la película de Jean Yanne. Compañeros que han reclamado mil veces que el cine francés huyera de las banalidades para abarcar una preocupación por las realidades políticas, sociales y humanas

de nuestro tiempo. Compañeros que han utilizado como ejemplo el cine americano, "que no duda en mostrar el auténtico rostro, cruel, cínico, hipócrita y egoísta de la nación americana". ¿Y entonces?, ¿qué hace Jean Yanne sino eso? Es él quien nos enseña los problemas. Y no lo hace a medias».

El comité de censura francés, que ha tenido naturalmente que explicar algo en la cuestión que se debate, insiste en que no hay censura política en Francia, y que de acuerdo con ese planteamiento, no existe razón alguna que prohíba la exhibición pública de «Les chinois à Paris».

Afortunadamente, Francia, según se dice, no tiene censura política. Y así le recuerda el productor de la película en litigio al realizador Jean Luc Godard, tras las protestas de éste: «Fui yo quien produjo a Godard su película maoísta. Ahora hago ésta, que no es lo contrario, sino otra cosa. ¿Por qué hay que prohibir una y la otra no?».

Posiblemente, el debate que estos días viven algunos periódicos franceses cambiaría de tono si se tratara de un país en el que sólo unas determinadas películas pudieran verse. Si realmente, y ellos lo deben saber mejor, no existe en la práctica restricción alguna a la expresión política en el campo cinematográfico (aun cuando esas restricciones aparezcan "a posteriori", en circuitos de exhibición o en publicidad, según comentan también algunos), el ejercicio de la censura será siempre condenable. Paralelamente a la proyección de «Les chinois à Paris», los franceses tienen el privilegio de conocer «Lucien Lacombe», de Louis Malle, película que analiza la resistencia francesa desde una visión menos humorista que la de Yanne, junto a «Chung-kuo-China», la película que rodó Antonioni en la República Popular China. El panorama no es tan triste como se pretende en algunos artículos. Posiblemente la película de Jean Yanne ridiculice excesivamente a sus chinos, aunque parece que los tiros no van exclusivamente por ahí. Aun cuando en el lanzamiento publicitario aparece un chino con una guía Michelin, en varios semanarios franceses se publica un anuncio de cigarrillos «Camel» en el que una multitud de chinos esgrimen el paquete en lugar del libro rojo. Y, de momento, no ha habido, al parecer, protestas... Y Andy Warhol presenta una exposición de fotografías de Mao-Tsé Tung de la que es autor... En principio, y desde la distancia que marcan nuestras férricas fronteras, uno no puede sino defender la exhibición de la película de Jean Yanne. Desde nuestra perspectiva de censura y restricciones, y aun desconociendo «Les chinois à Paris», parece lógico defender la libre expresión, aun a riesgo de contrariar la opinión de cualquier Embajada o de cualquier periodista ilustre. ■ G.